

Notas

La Conexión Canaria. *Le Canarien*, un testimonio que anticipa las crónicas de la conquista en América

Juan Manuel Chávez

Universidad del Atlántico Medio (España)

En 1402, muchas décadas antes de que se desarrolle la imprenta y Cristóbal Colón se embarcara en el delirio de encontrar un camino oceánico hasta sus anheladas Indias; en 1402, cuando nadie había conseguido dar la vuelta a la Tierra y a duras penas se difundía la noción de que el planeta podía circunnavegarse; en ese año tan remoto como remota es la Edad Media, dos hombres dirigieron una incursión al Atlántico Medio desde Europa para intentar una conquista de armas y de evangelización en las islas Canarias (en la actualidad, un archipiélago español). No fueron los primeros ni serían los últimos; sin embargo, a diferencia de tantos otros, Gadifer de La Salle y Jean de Béthencourt dejaron testimonio de los acontecimientos.

De esta historia de travesías en altamar, negociaciones, disputas, ambiciones y lealtades quebrantadas existen dos versiones: aquella que encargó La Salle y la que encargó Béthencourt; ambos, que eran socios, pasaron a ser rivales. Por tanto, la visión de uno y de otro sobre lo sucedido en las islas Canarias se complementa; por supuesto, también se contradicen. El título en común que recibe toda esta escritura testimonial del siglo XV es *Le Canarien*.

Escrito originalmente a mano e ilustrado bajo los cánones estéticos del periodo medieval, con esos colores y materiales que iluminan sus páginas, *Le Canarien* es un libro que atraviesa los siglos para ofrecer al público contemporáneo un pasado que, siendo tan lejano y extraño, sirve de pauta para entrever los vínculos originales entre el archipiélago canario y Europa. Asimismo, mucho de lo que ahí relata es un augurio, trágico e indignante, de lo que un siglo después contarán los adelantados y soldados españoles sobre el continente americano en sus crónicas, cartas y relaciones; ese aroma a Bernal Díaz del Castillo, Diego de Trujillo, Francisco López de Gómara o Pedro Cieza de León. En tal sentido, este documento del siglo XV tiene un intrínseco valor histórico-testimonial, aunque también es significativo por el carácter anticipatorio de su contenido.

Así, en *Le Canarien* se relatan los hechos del intento de conquista de Canarias; además, se describen las islas del archipiélago y se ahonda en detalles tan realistas como fantasiosos de la manera en que vivían hasta entonces. Estos atributos le confieren al testimonio el estatuto de documento militar, político, geográfico, cultural y etnográfico; también son páginas que despliegan un sentido religioso, pues se incluyen las formulaciones del catecismo para evangelizar a esas poblaciones originarias.

Se estiman varias décadas de por medio entre una versión y otra de *Le Canarien*. Si bien la que encargó La Salle corresponde a pocos años después del intento de conquista, quizá del segundo al cuarto lustro del siglo XV, la de Béthencourt es más tardía y destaca por sus precisiones espacio-temporales. Esta última comienza así: «Seguidamente monseñor de Béthencourt, el señor Gadifer y toda su expedición zarparon de la Rochela el día primero de mayo de 1402 en dirección a las tierras de Canaria para ver y recorrer toda la región con la esperanza de conquistar las islas que allí se encuentran y de convertir a su población a la fe cristiana, con muy buen navío suficientemente provisto de hombres, vituallas y todo cuanto les era preciso para su viaje» (Pico, Aznar, & Corbella, eds., 2003, p. 155). Por su parte, la versión de La Salle se inicia de la siguiente manera: «Gadifer de La Salle y Jean de Béthencourt, caballeros naturales del reino de Francia, han emprendido este viaje en honor de Dios y en defensa y enaltecimiento de nuestra fe a las regiones meridionales, a ciertas islas que por allí se encuentran, llamadas las islas de Canaria, pobladas por gentes infieles de diversas creencias y distintas lenguas, de las que la Gran Canaria es una de las mejores y más importantes» (p. 5). Es un enfoque que está centrado en el destino, en vez de la partida, con énfasis en aquello que separa a unos y otros en este intento de conquista: la religión y el idioma, además de una alusión a las virtudes de esa tierra codiciada.

Entonces, en *Le Canarien* se relatan los desencuentros entre los socios, el avance de los europeos en el archipiélago, las disputas entre ellos por granjearse los favores de las coronas de Francia o de España y, por supuesto, los enfrentamientos con las comunidades originarias de Canarias: «Comenzó la guerra entre nosotros y ellos. Hemos apresado y matado a muchos hombres y hemos retenido a mujeres y niños, y los demás se encuentran en tal estado que andan escondiéndose por las cuevas sin osar acercarse a nadie» (p. 58). Esas cuevas, que a la fecha constituyen un atractivo turístico y gastronómico de las islas, pasaron de ser un lugar de vivienda habitual a convertirse en un escondido e inaccesible lugar de refugio contra el avance del invasor. En algunos pasajes, la narración se detiene a contar el horror que se cierne sobre ellas. En este sentido, asombra la espontaneidad con que los escribas de *Le Canarien* dan cuenta de estas agresiones, identificadas por su vileza e impunidad; no aflora en el relato, exento de pormenores, la intención de naturalizar la violencia o justificarla.

Lo cierto es que *Le Canarien* no es documento histórico-literario que enaltece el intento de conquista de unos sobre otros, sino que es la palabra de unos europeos que adoptan una postura recelosa en torno al acontecimiento que iniciaron en el remoto año de 1402: «Acudieron a hablar con ellos unos quinientos canarios. Después de que Gadifer les garantizara su seguridad, se acercaban nadando al barco en grupos de diez o de doce, llevándoles gran cantidad de higos y de sangre de drago, que cambiaban por anzuelos de pesca, viejos utensilios de hierro y agujar de coser. Consiguieron sangre de drago por valor de doscientas doblas y todo lo que les dieron no valía ni siquiera dos francos» (p. 73). En suma, se percibe un trasfondo crítico frente a las acciones y conductas de los conquistadores.

Evocaba el historiador Marco Antonio Moreno, en torno a la escasa presencia de europeos en Canarias el siglo XIII, que «primero se establecieron contactos pacíficos y religiosos buscando la conversión de los indígenas canarios, para luego producirse entradas y razias esclavistas» (Moreno Benítez, 2022, p. 49). Y es que, en las postrimerías de la Edad Media van cambiando las mentalidades, las formas de la interacción humana y las manifestaciones del poder.¹ En *Le Canarien* se ofrece esta confesión: «Aquí estamos muy desprestigiados y nuestra fe, que antes tenían por buena y ahora tienen por lo contrario, es menospreciada» (Pico, Aznar & Corbella, eds., 2003, p. 50). Intuyen los escribas de *Le Canarien* que, antes de 1402, las poblaciones originarias eran permeables o tolerantes con las significaciones del cristianismo; no será así después, por cuanto implica de imposición y, a la postre, destrucción.

Mucho después, pasado un siglo y en otro continente, los europeos ensayarán un recurso meditado y reglamentario para avanzar en sus cometidos de conquista: el Requerimiento, con lo cual se pretendía conferirle un sustento legal a la captura de gentes y la apropiación de territorios, a nombre de la Corona española. En el Requerimiento se vincula a Dios, creador de todas las cosas, con el emperador y rey Carlos V, además de precisar sus posesiones en el mundo y el cometido de ampliar su poder para asegurar la salvación de las almas de sus súbditos, los del presente y los del futuro. Lo sintetiza, con parafraseo e ironía, Todorov:

Jesús transmitió su poder a san Pedro, este a los papas que le siguieron; uno de los papas regaló el continente americano a los españoles. Establecidas

¹ El siguiente testimonio se remonta al año 1386: “Hemos encontrado el testamento de unos hermanos cristianos a quienes mataron habrá doce años; eran trece personas, y dicen los canarios que los mataron por lo siguiente: que habían enviado cartas a tierras de cristianos para que viniesen contra ellos. Siete años habían vivido entre los isleños enseñándoles todos los días los artículos de la fe católica, cuyo testamento dice que nadie se fie de los canarios por buen semblante que muestren” (Cabrera *et al.*, 1994, pp. 85-86).

así las razones jurídicas de la dominación española, ya solo falta asegurarse de una cosa: que los indios sean informados de la situación, pues es posible que no se hayan enterado de esos regalos sucesivos que daban los papas y los emperadores. Eso es lo que va a remediar la lectura del Requerimiento, hecha en presencia de un oficial del Rey. Si los indios se muestran convencidos después de esa lectura, no hay derecho de hacerlos esclavos. Sin embargo, si no aceptan esa interpretación de su propia historia, serán duramente castigados. (Todorov, 1982, p. 158)

A diferencia de los franceses de inicios del siglo XV, casi titubeantes e inciertos en la narración que hacen los escribas de *Le Canarien*, los españoles del siglo XVI, todavía más lejos de su lugar de origen que aquellos, concibieron una fórmula letrada que emplearon de norte a sur en América para acreditarse en el ejercicio de la dominación, una visión de autoridad que se basaba en el confín de lo religioso y se ramificaba a la expansión de lo político.

De regreso a *Le Canarien*, cabe agregar que en sus páginas no solamente brota el escepticismo frente al propósito de armas y de evangelización en Canarias, también hay un despliegue de admiración sobre el entorno geográfico y social: «En cuanto a las islas de por aquí, son el lugar más sano que se puede encontrar; en ellas no vive ningún animal venenoso, especialmente en las Canarias, en las que llevamos dos años y medio sin que ninguno de nosotros se haya enfermado nunca» (Pico, Aznar, & Corbella, eds., 2003, p. 102). Estos escribas del Medioevo entienden sus vidas desde las hambrunas, las pestes y la inmensa vulnerabilidad; sin embargo, ahí está su experiencia en el archipiélago, con la perspectiva de una naturaleza que es superior. Incluso, la admiración de los europeos rebasa la apreciación paisajística y se complace en describir a las personas con las palabras más cautivadas y elocuentes: «Las gentes son hermosas. Los hombres van completamente desnudos, salvo un manto por detrás hasta las corvas, y no se muestran vergonzosos de sus miembros; las mujeres son bellas y van decorosamente vestidas con amplias túnicas de pieles que arrastran por el suelo» (p. 145). Humanos, admirando humanos.

Si bien el lugar común de las crónicas de la conquista en América fue el de bestializar al poblador originario, bajo el empleo de palabras que animalizaban sus rasgos y maneras, como la identificación de fauces y de garras, en vez de bocas, dientes y manos, también es cierto que, con variadas estrategias e intenciones, hay crónicas que se deleitan en referir la grandiosidad de los pueblos conquistados, como es el caso de incas y aztecas en múltiples páginas testimoniales del siglo XVI y XVII. La operación de algunos cronistas, no solamente españoles, es sencilla y lógica: mientras más poderoso es el enemigo, más elevado es el mérito del conquistador; por supuesto, tienen especial relevancia aquellos escribas que se detenían en el vencido para con-

vertirlo en el protagonista de un relato sin mayor deshumanización u otredad, y *Le Canarien* es un antecedente de estos casos.

Con todo, algunos pasajes de *Le Canarien* parecen eludir su pertenencia al pasado y prefiguran la actualidad, como aquel en que se señala una posición geográfica que resuena hasta hoy, desde hace cientos de años: «Llegaron a la Gran Canaria a la hora de prima. Fondearon en un gran puerto situado entre Telde y Agüimes» (p. 73). Entre Telde y Agüimes está el aeropuerto de la isla, a donde siguen llegando los visitantes desde Europa y América, también desde el África (cabe añadir que está por contarse, con sentido detalle, el devenir de esos flujos migratorios desde el Magreb y la zona subsahariana) y Asia (cabe añadir que está por documentarse, con palabras e imágenes, ese peregrinaje de trasfondo literario que hacen unas y unos tras la memoria de una escritora icónica). Desde la Edad Media, una misma coordenada territorial ejemplifica las posibilidades atmosféricas, ambientales y orográficas del viaje hasta el Atlántico Medio.

Finalmente, desde la escritura testimonial de 1402 hasta las guías de viaje de la actualidad, el archipiélago no deja de ser un lugar en que la realidad palpita con una intensidad que se nutre de lo imaginado e insólito. En *Le Canarien* se narra esta visión en las aguas del Atlántico: «Por esa banda hay unos peces extraordinarios, que se mantienen erguidos cuando oyen llegar los barcos y los esperan hasta que los tienen cerca, y cuando vuelven a caer al mar dan tan golpe que se oye desde muy lejos; su altura sobre el mar puede llegar al tamaño de una lanza; los marineros los llaman sirenas, y después de haberse dejado ver, habitualmente se desata una tempestad en el mar» (pp. 130, 133). Esos peces que no son peces, esas sirenas que no son sirenas; quizá delfines que, antes como ahora en el sur de la isla, son avistados por ser un atractivo natural que impacta en los sentidos y regocija el espíritu. Así, con seiscientos años de por medio, las Canarias son un destino prefigurado por la palabra que hila lo insospechado y lo maravilloso, tal como buscó testimoniar Cristóbal Colón en sus cartas de aquellos viajes por el mar Caribe, siglos atrás.

Evocaba Antonio Tejera Gaspar «el rumbo de Colón a Canarias en el primer viaje» (Tejera Gaspar, 2000, p. 27), aquel año de 1492, en que partió del puerto de Palos un viernes 3 de agosto para intentar una nueva ruta para el comercio y los anhelos de riqueza de la Corona española; bajo este evocar del historiador, se vislumbra la noción de que no hay experiencia de América, en cuanto encuentro y desencuentro, en tanto tragedia y posibilidad, sin el precedente canario. Por su parte, Ana Lola Borges listaba sustantivos para ambos lados del Atlántico en sus páginas de *El archipiélago canario y las Indias Occidentales*:

En el trasiego de las flotas que pasaban para las Indias y recalaban en las costas canarias se embarcaban cosas simples, que luego resultaron de riqueza excepcional. Así, las primeras cerdas que se llevó el propio almirante don

Cristóbal Colón de la isla de la Gomera a la de Santo Domingo fue el inicio del ganado porcino indiano. Los plátanos que se llevaron del convento dominico de Las Palmas fue la primera siembra de la riqueza bananera, hoy tan opulenta; la vid se la llevaron al Perú y allí como aquí gustó, a veces con exceso a sus pobladores; los primeros árboles frutales que se plantaron en Venezuela procedían de las Islas. Los balcones de madera que se encuentran en Colombia, Perú, Bolivia y aun en Argentina, son copia del típico balcón canario. (Borges y Jacinto del Castillo, 2010; p. 82)

La dirección de los desplazamientos, precisada por Borges, no tiene un solo sentido, también está el camino de vuelta con los aportes de América a Canarias y, en buena cuenta, de lo insular a lo peninsular. Más allá de hacer un acopio de fauna, flora y arquitectura, valga mencionar un vocablo que podría ser la metáfora del continente: la papa, tal como se nombra al tubérculo desde México hasta Argentina, pasando por el Perú o Colombia; papa, la misma palabra en quechua con que se le llama en las islas Canarias, a diferencia del término mestizo con se disfruta sola o en tortillas en la mayoría de las comunidades de España. Hablar de Canarias es hablar de la conexión canaria; esto, que es aplicable a las islas, también lo es para uno de sus testimonios germinales.

En suma, aquel documento del siglo XV encargado por dos franceses y que recibe el nombre común de *Le Canarien* es, en tanto punto de partida de la escritura en las islas Canarias y anticipo de las crónicas de la conquista, un eslabón para comprender los choques y retroalimentaciones entre la España peninsular y la América, tan próxima y lejana, a la vez.

Referencias básicas

- Borges y Jacinto del Castillo, A. L. (2010). El archipiélago canario y las Indias Occidentales. En *Mujer y cultura en Canarias*. (Reina Jiménez, María del Carmen, ed.). Las Palmas de Gran Canaria: Colectivo de Mujeres Canarias.
- Lobo Cabrera, M. et al. (1994). *Textos para la historia de Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria.
- Moreno Benitez, M. A. (2022). La conquista de Gran Canaria. Lugares, historias y alzados. En C. Leal, *Las fortalezas secretas de los silenciados* (pp. 49-66). Las Palmas: Herques.
- Pico, B., Aznar, E., & Corbella, D. (eds.). (2003). *Le Canarien. Manuscritos, transcripción y traducción*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
- Tejera Gaspar, A. (2000). *Los cuatro viajes de Colón y las Islas Canarias, 1492-1502*. La Laguna: Francisco Lemus, editor.
- Todorov, T. (1982). *La conquista de América. El problema del otro*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.